

- De Iuramento Fidelitatis. Conciencia y Política. 1979. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid
- Picón-Parra, R. (1988) Fundadores, Primeros Moradores y Familias Coloniales de Mérida (1558-1810) Dos Tomos. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
 - Picón-Salas, M. (1944) De la Conquista a la Independencia. Fondo de Cultura Económica. México.
 - Skinner, Q. (1993) Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno. II La Reforma. Fondo de Cultura Económica. México.
 - Soriano, R. (1997) Sociología del Derecho. Ariel. Barcelona
 - Ramis, P. 1984 La Razón Filosófico-Doctrinaria de la Independencia. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
 - Rivara de Tuesta, M. 1995. En La filosofía en la América colonial. Ed. El Búho, 1996, pp. 219-274. . Santafé de Bogotá
 - Silva Olivares, Héctor. 2007. Actas de Independencia de las Provincias de Mérida, Trujillo y Táchira. Biblioteca don Tulio Febres Cordero. Ed. Venezolana. Mérida.

LA LEYENDA NEGRA Y SU INFLUJO EN LA HISTORIOGRAFÍA VENEZOLANA DE LA INDEPENDENCIA

Gilberto R. Quintero L.*

Haciendo un balance de los estudios históricos en Venezuela y su desarrollo historiográfico hasta la década de los años cincuenta del siglo XX, Mario Briceño Iragorry detectó que uno de los problemas que dificultaba la comprensión de nuestra formación como pueblo y sociedad era la tendencia que había prevalecido entre nuestros historiadores de concentrar lo fundamental y principal de su labor historiográfica en la narración de los hechos heroicos y de belicosidad antes que en la evolución de nuestra organización política, social, cultural y económica. La consecuencia de ello había sido - en una buena parte de los casos, por no decir que en la mayoría - la negación o la exaltación exagerada de todo lo ocurrido antes del 19 de abril de 1810. De ahí que el sentido y la

orientación exacta de la política de los fundadores de nuestra nacionalidad no se buscó en la primitiva organización colonial, sino que se le atribuyó única y exclusivamente a la influencia de las ideas filosóficas, políticas, sociales y económicas del pensamiento francés e inglés del siglo XVIII. En otras palabras, Briceño Iragorry estuvo consciente del alto grado de ideologización presente en la interpretación del sentido y significado de nuestro pasado colonial, así como de su repercusión en la interpretación e imagen que nuestros historiadores se formaron y han transmitido de nuestro proceso histórico en los siglos XIX y XX. Tal era su posición, reflejada sobre todo en su ensayo "La Leyenda Dorada", leído por primera vez en el seno de la cátedra "Historia Colonial" de la Universidad Central de Venezuela, el 5 de octubre de 1951.

En ese ensayo Briceño Iragorry sostiene que dos tesis, ambas falsas, habían pugnado

* Universidad de Los Andes. Escuela de Historia. Departamento de Historia de América y Venezuela. Grupo de Investigación Sobre Historiografía de Venezuela. (GIHV).

en la explicación e interpretación de nuestro devenir como colonia hispana: una que ponderaba hasta extremos beatíficos la bondad del conquistador y colono castellano y de sus descendientes criollos y, que por ello, había recibido peyorativamente el nombre de “Leyenda Dorada”, y otra que solo veía maldad y mala fe en la acción de los conquistadores y de sus descendientes americanos y que se ha bía denominado, por contraposición a la primera, con el epíteto de “Leyenda Negra”. La “Leyenda Dorada” tendría su origen en un sistema de ideas que arrancaría del pensamiento de Ginés de Sepúlveda en relación a los derechos de España para conquistar y colonizar el llamado Nuevo Mundo y concluiría en José Domingo Díaz, crítico acervo de la Independencia y de sus hacedores. Mientras que la “Leyenda Negra” tendría dos variantes: una externa, inventada por los enemigos europeos de España (ingleses, franceses y holandeses, celosos de su poder y hegemonía en el siglo XVI); y otra americana, creada por los “padres” fundadores de las nacionalidades americanas, con Simón Bolívar a la cabeza, en parte alimentada por el mismo espíritu de justicia crítica que distinguía al español y, en parte, por la propia propaganda antiespañola que los enemigos de la metrópoli hispana propagaron en tierras americanas.

Sin embargo, lo más grave, por sus funestas consecuencias en función de la construcción de una historiografía que diera cuenta científicamente del devenir histórico de Venezuela como sociedad y como pueblo es el hecho de que nuestros historiadores, especialmente los del siglo XIX, se hicieran eco de una u otra leyenda, o hubiesen elaborado interpretaciones calcadas sobre el modelo de una u otra tesis. De ello se dio cuenta Briceño Iragorry, como bien lo revela la siguiente acotación suya:

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que, guiados por

un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el periodo hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los Padres de la Independencia, considerados como centro de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad, la Patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca en 1810. A la par de estos historiadores, hubo investigadores entre quienes es preciso colocar en sitio primicerio a Ángel César Rivas, a Laureano Vallenilla Lanz y a Pedro Manuel Arcaya que, aplicando la metodología positivista al estudio de las capas históricas de la nación, encontraron una continuidad que arranca de la propia hora de la llegada a nuestro mundo americano de los pobladores hispanos que engendraron nuestras estirpes sociales y dieron carácter y fisonomía a la sociedad nacional. A esta corriente revisionista se sumaron valiosos historiadores contemporáneos, que reconocieron la necesidad de profundizar el estudio de nuestro pasado hispánico para poder conocer la verdad de nuestra vida de comunidad. Se comprendió que los pueblos no se hacen de la noche a la mañana y que el magnífico florecer republicano de 1810 era la culminación de un proceso histórico que venía en lento desarrollo desde muy largos años.

En realidad, en atención a lo indicado por Briceño Iragorry, la historiografía republicana respondía a las exigencias del entorno social en que se formó y desplegó. Como bien ha indicado el historiador Germán Carrera Damas:

Es en la historia de nuestros estudios históricos donde podemos hallar la expli-

cación de los hechos de que hemos venido tratando, pero a condición de que esa historia sea entendida como otra cosa que el recuento de historiadores y obras, y aún que el análisis de corrientes y tendencias. Es decir, esos hechos no se explican por el solo quehacer historiográfico, sino principalmente en el contexto social de esos estudios, pues ese contexto constituye a la vez la condición general del historiador y de su obra.

En razón de lo anterior, se comprende que la historiografía republicana nazca como la memoria de una sociedad que viene de la guerra, cuenta sus hazañas y justifica su acción. De allí que predominan en ella el carácter heroico, el sentimiento antiespañol y la visión narrativa-épica. El que esta historiografía esté cargada de un fuerte sentimiento antiespañol no tiene nada de casual, pues se fundamentó ideológicamente en el concepto de “historia patria”, predominante desde entonces:

... La reacción antiespañola era a todas luces legítima después de una larga y cruenta guerra, y finalizada esta se alimentó de los temores de reconquista, de actos hostiles y de la lenta negociación del reconocimiento de la nueva República por España,... El vigor del sentimiento antiespañol perdura en la historiografía y en la literatura venezolanas hasta el último cuarto del siglo XIX, cuando se robustece la tendencia hacia la adopción de posiciones que iban desde la ecuanimidad hasta el “hispanismo”, según lo determinan la situación política española y los movimientos partidarios en Venezuela.

Hubo, pues, que justificar la ruptura del nexo colonial y los sacrificios ocasionados por lo cruento de la lucha. Iniciada la guerra, pronto se advirtió que las victorias militares no eran suficientes para asegurar el control firme del territorio ganado al enemigo si

no se acompañaba de la adhesión de la opinión pública. De allí que la guerra de independencia se librara simultáneamente en los campos de batalla y en las imprentas. De allí los repetidos alegatos en favor de la emancipación al igual que las enjundiosas explicaciones de las peripecias de la lucha, tal como se ve en los manifiestos historiadores de Bolívar, Manuel Palacio Fajardo, José Félix Blanco y otros. Unos más, otros menos, esos manifiestos “... contienen recuentos históricos destinados a fundamentar la acción inmediata, y en su conjunto ofrecen la primera versión crítica del régimen colonial hecha por venezolanos sustraídos al influjo de la monarquía...” Tal es el caso de la Carta de Jamaica. o del Bosquejo de la Revolución en la América Española. de Palacio Fajardo, editado este último en Londres en 1817; representando ambos en forma acabada este tipo de documento.

Finalizada la guerra, varios de los hombres que participaron en ella se ocuparon de recoger sus recuerdos de combatientes, componiendo relaciones y narraciones que, por lo general, no pasaban de ser recuentos de los combates y situaciones en que tuvieron alguna participación, sin que por ello se apreciara una verdadera vocación de historiador, si bien compusieron extensas crónicas que, en algunos casos, sobrepasaron el nivel de tales al procurar explicar hechos y procesos, para lo cual utilizaron las narraciones que mencionamos anteriormente, sumada a su propio recuerdo. Entre ellas cabe destacar las narraciones de Francisco Javier Yáñez, Feliciano Montenegro y Colon y José de Austria. Otros, por último, produjeron relaciones autobiográficas y memorias: tal es el caso de Rafael Urdaneta, José Antonio Páez, y Daniel Florencio O’Leary. El conjunto de estas obras forman el contingente primigenio de la historiografía republicana, siendo su más acabada expresión la primera obra histórica

de gran aliento: el Resumen de la Historia de Venezuela, compuesta por Rafael María Baratl y Ramón Díaz, que se extiende desde el descubrimiento de América hasta el año 1830, publicada por primera vez en 1841.

Esta primera historiografía venezolana está construida, pues, sobre las bases de las informaciones aportadas por testigos-actores de la emancipación. Circunstancia ésta que explica el por qué del carácter predominante bélico de esta historiografía, lo que unido al hecho de que sólo recoja jirones de todo el proceso y a las circunstancias post bélicas bajo las cuales fue escrita, condujera a que su composición se hiciese bajo la forma de narración épica muy acorde, por cierto, con el romanticismo literario entonces imperante. Pero sus significados más reveladores estarían contenidos, no tanto en sus formas estilísticas de exposición cuanto en su contenido ideológico, acorde con las circunstancias de la sociedad venezolana de la época, y en la fijación de determinadas pautas metodológicas cuyo influjo aún sigue pesando grandemente en la historiografía venezolana relativamente reciente sobre aquel período.

Desde el punto de vista estrictamente ideológico, la característica más notable es el hecho de ser una exposición heroica de los sucesos de la guerra de independencia hecha a la medida de los héroes, identificados estos como los “padres fundadores” de la nacionalidad. Ello es así porque al sentar la afirmación, desde entonces siempre repetida, de que la Independencia fue la obra ideada y ejecutada por un grupo de aristócratas ilustres, devenidos simultáneamente en guerreros heroicos, contra la oposición cerrada de un pueblo ignorante de su propio bien, se edifica de entrada la base de las ideologías antipopulares actuantes hasta el presente. Y es que esta subestimación del papel del pueblo en el logro de la Independencia así

como también de los valores no militares (consecuencia de la exaltación apabullante de los héroes militares), fue lo que resultó ser conveniente a los intereses sociopolíticos de los grupos oligarcas que ejercieron el poder durante el siglo XIX para justificar su predominio. En razón de esta necesidad y para mejor librarse de responsabilidades, esta historiografía contiene un fuerte sentimiento antiespañol, denunciado por Briceño Iragorry cuando afirma que:

En aquel evento (la Emancipación), nuestros Padres tomaron como medios de lucha las armas de los viejos enemigos del imperio español. No sólo les facilitó Inglaterra rifles y pólvora para la guerra, también les dio el instrumento intelectual de su odio y su descrédito contra la Madre Patria. Es decir, nuestros Padres se aliaron para atacar a la metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la “leyenda negra” del despotismo y de la ineptitud de España, que habían provocado el propio sistema de la colonia en el ánimo del criollo.

Es decir, los argumentos que ingleses, franceses y holandeses emplearon para justificar las guerras que libraron contra España y sus posesiones en América, en procura de apoderarse de su imperio o de las riquezas habidas en éste, fueron utilizados por los fundadores de la República y los posteriores historiadores para justificar, no sólo la ruptura del nexo colonial, sino también el derecho a gobernar por parte de los “Libertadores” y sus herederos inmediatos. De allí el carácter altamente ideologizado de la historia patria, cuestión ésta a la que alude Briceño Iragorry cuando afirma lo siguiente:

... Cuando los viejos historiadores enfrentaron a los hombres que hicieron la Independencia con los hombres que representaban la soberanía española, cre-

yeron que asistían a una lucha entre dos mundos sociales, cuando lo que se debatía era la suerte de dos sistemas. No era una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política ... Los Padres de la Patria no eran seres milagrosos aparecidos sobre nuestro suelo al conjuro de voces mágicas, ni tampoco eran la expresión dolorosa de una raza que hubiera callado y soportado la esclavitud de un coloniaje impuesto por extraños conquistadores. Ellos eran, por el contrario, la superación de un pasado de cultura, que tenía su punto de partida en los conquistadores y pobladores llegados del siglo XVI...

Como se ve, la historia de Venezuela ha sido interpretada y escrita con una cierta intención política: justificar la hegemonía de las élites que se han sucedido en el predominio socio-político del país. Claro está que, afortunadamente para el progreso de nuestros estudios históricos, la posición negativa que contiene la "Leyenda Negra" ha perdido espacio. Pueden los historiadores de hoy en día diferir en la apreciación de lo hispánico, pero ya a ninguno se le ocurre negar los valores culturales heredados de España de manera acerva. Es decir, están conscientes de que la ruptura del nexo colonial, más que representar el rompimiento de dos mundos sociales e históricos, es la culminación de un proceso de maduración de las realizaciones logradas durante la existencia del orden colonial que desemboca, justamente, en el cambio del sistema político de la sociedad colonial implantada.

Desde luego, tampoco ayuda al desarrollo científico de los estudios históricos la adopción de la otra posición extrema: esto es, la exaltación apologetica de la obra de los conquistadores y de sus descendientes en América, dejando de lado la codicia, los crímenes y los abusos cometidos contra la

población indígena y africana (incluyendo dentro de ello la política de aculturación de estos grupos étnicos), ya que ello constituiría un falseamiento de los acontecimientos y procesos sucedidos durante los siglos de dominación hispana en América. Porque, al fin y al cabo, de lo que se trata es de buscar las razones objetivas que expliquen la conducta de los hombres en un momento dado, antes que aceptar acriticamente la rotunda condena o exaltación de sus actos. En fin, de lo que se trata es de descubrir y exponer la verdad: no de juzgar como si de tratara de un tribunal. El propio Briceño Iragorri dio muestra, en este sentido, de ponderado equilibrio, al publicar su *Casa León y su Tiempo* y *El Regente Heredia o la Piedad Heroica*. Obras estas en las que demuestra que en la conducta observada por el español en tierras americanas se manifestaron, con igual fuerza, todos los elementos característicos de la condición humana: la ambición de poder, riqueza y prestigio al lado de los sentimientos de justicia, equidad y solidaridad. Y en el trasfondo de todo, un proceso de tradición cultural cuyos valores fundamentales, a decir de Briceño Iragorri, pasaron incólumes a la sociedad republicana y se constituyeron en el fundamento de nuestra nacionalidad. Tal es la tesis que con ardor sostuvo y defendió:

... A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano, he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, por transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoría política. La oposición..., no es de fechas sino de actitud. Y esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre, como expresión del espíritu dialéctico de la Historia.

En definitiva, de lo que se trata es de superar el carácter ideologizado de nuestra historiografía. Para ello, como bien expuso